

Arte Francés en Buenos Aires

Carlos Durand y Luis Laisney

A Francia se debe el mayor aporte al arte argentino del siglo XIX. Fueron sus hombres los que guiaron e introdujeron el gusto artístico en nuestra patria e iniciaron la renovación de los valores estéticos, transformando el barroco colonial en el neoclásico y el romanticismo pleno de su época.

Muchas son las figuras de Francia que llenan las páginas de nuestra historia del arte y a todas ellas, casi sin excepción, se debe un halago a la mujer argentina, un sobrio retrato de nuestros hombres de gesta o una escena que ha inmortalizado las costumbres tradicionales y arraigado el sentido de nuestra vida pasada.

Ya en los primeros años siguientes a la revolución de mayo encontramos en Buenos Aires a Monsieur José Rousseau, grabador, a quien se confía, hacia 1820, la dirección de la Escuela de Dibujo que había fundado en 1815 el Padre Castañeda y sostenía el Consulado de Buenos Aires.

El 4 de noviembre de 1818 aparece en la *Gaceta* un anuncio de "Carlos Letanneur, pintor en miniatura, recientemente llegado de París" que manifiesta "tiene el honor de avisar al público que se ha establecido en esta ciudad. Los que quieran hacerse retratar pueden contar con la perfecta semejanza de los retratos, que él se compromete sacar, advirtiéndole que los precios serán moderados. Su morada es detrás del Fuerte, en la casa del sastre inglés D. Juan Wenn, en el bajo del río". Faltaría ahora hallar alguna pieza de su firma que nos permita rastrear su permanencia porteña.

Encontramos después otros nombres no menos conocidos por los aficionados a nuestra historia artística. Antonia Brunet de Annat, miniaturista destacada que actuó en Buenos Aires por lo menos entre 1825 y 1838 y su hermano, Juan M. Brunet, igualmente retratista, pero al óleo —según dicen los anuncios periodísticos— trabaja más o menos durante el mismo período. Puede considerarse —como el mismo se consideró toda su vida

a pesar de ser suizo nacido en Ginebra— a Jean Philippe Goulú como personaje, y por cierto bien importante, del arte francés en Buenos Aires. Su obra, la de mayor jerarquía de su época, es la un eximio miniaturista que ha inmortalizado los personajes que retrató en la maestría de sus marfiles.

Es a otro francés, curiosa mezcla de científico y aventurero, Juan Bautista Douville, a quien se debe el primer establecimiento litográfico que llegó a funcionar en nuestra ciudad y de sus prensas salieron los primeros retratos litográficos que circularon en esta parte de América.

Otro ginebrino —pero francés de adopción—, César Hipólito Bacle, fué el inefable continuador de la obra litográfica comenzada por Douville y en su *Litografía del Estado*, que vivió cerca de diez años, se tiraron las más bellas láminas que integran nuestra iconografía. Alrededor de sus prensas se congregaron varios artistas franceses que se convirtieron en sus colaboradores. En primer término debe mencionarse a su propia esposa, Andrea Macaire de Bacle, exquisita miniaturista, discípula de Mlle. Rath, alumna a su vez del gran Isabey. Andrea Bacle fué el alma de la empresa y a su incesante labor se deben retratos, vistas y escenas que han de recordarse definitivamente. Igual podemos mencionar en el mismo grupo a Hipólito Moulin, a Julio Daufresne, a Alfonso Fermepin y a Juan Francisco Guerrin que trabajaron en muchas obras emprendidas por Bacle.

La litografía, símbolo y ritmo del romanticismo del mundo, concretó la permanencia de otros artistas franceses que trabajaron en esa industria y podemos mencionar a Carlos Risso, a Antide H. Bernard y a Edmond Lebeaud que dejaron obra en este aspecto.

Carlos E. Pellegrini, nacido en Chambéry en 1800, actuó en Buenos Aires desde 1828 hasta su fallecimiento en 1875, si bien su obra como retratista esté limitada por los años 1831 y 1840. Sus ágiles pinturas, frescas, graciosas, románticas, llenan toda una época de nuestro arte. Por último debemos mencionar, en este ciclo que se cierra en Caseros, la figura de Amadeo Gras, el pintor de las provincias argentinas, el hombre que realizó la meritoria tarea de tener un caballete ambulante y perderse por aquellos fangosos caminos provincianos para trasladar al lienzo las venerables figuras de la patria grande.

Recordemos también a Félix Revol, el artista de los cielos límpidos, a Raymond Quinsac Monvoisin, estrella fugaz en nues-

tra patria en paso hacia Chile, y a Adolfo D'Hastrel tomando prolijos apuntes que luego se transforman en brillantes litografías costumbristas.

Después de Caseros otro ciclo de artistas diversos visitan asiduamente nuestra patria y ya, más ligeramente, apuntemos el nombre de Juan León Palliere, fiel intérprete de nuestras escenas pastoriles, que realiza sus trabajos en la litografía de otro francés digno de remembranza: el litógrafo Julio Pelvilain, y siguiendo con los litógrafos mencionaremos a Elías Duteil, a P. Mousse, a Alberto Durand, a F. Vabois, Artigue, D. Dulin y L. Albert entre otros.

También está el retratista Bernardo Marcel (c. 1860), los costumbristas Charton, Fonteneau y León Noël y los caricaturistas Meyer y Stein que integran toda la epopeya de formación nacional.

Así llegamos hasta las postrimerías del siglo XIX en que se refunden todos los valores foráneos en la verdadera y sentida pintura argentina, asimilándose los valores precursores, pero dejando siempre marcada la notable influencia de Francia en nuestra estructuración artística.

El miniaturista Carlos Durand

Pocas noticias pueden concretarse sobre este artista que residió en Buenos Aires por lo menos desde 1817 hasta 1820, o quizá hasta 1824.

Como hemos señalado en nuestro trabajo anterior sobre *La miniatura en Buenos Aires*, Carlos Durand ya estaba en la ciudad el día 3 de abril de 1817 en que anunciaba en *El Censor* sus conocimientos "como retratista al óleo y en miniatura" no como Carlos Durand sino simplemente como *Monsieur Carlos*. Poco después, el 15 de mayo del mismo año, avisa en el propio *Censor* su traslado al centro de la ciudad "para mayor comodidad de las personas que gusten ocuparle..."

Aún estaba en Buenos Aires el 26 de enero de 1820, puesto que de esta fecha es su aviso en la *Gaceta de Buenos Aires* en que "previene al público que va de nuevo a ejercer, durante algunos meses la profesión de retratista en miniatura que había suspendido desde algún tiempo..."

¿Cuál es su obra conocida? Por cierto que ella es escasa, como son raras de hallar todas las obras de arte anteriores a 1830, especialmente miniaturas y pequeños retratos de la época de la independencia.

Conocemos, y ha sido suficientemente reproducido, el retrato en miniatura de su firma de la esposa del general San Martín, doña Remedios de Escalada, que se conserva en el Museo Histórico Nacional y está fechada en 1817. Pieza muy fina de color, de matices logrados y que ha perpetuado la ingenua belleza de la esposa del Libertador en sus veinte años.

Igualmente es de su mano la miniatura que representa a la patriota chilena Javiera Carrera de Díaz Valdez, fechada en 1824, sin que nos conte que verdaderamente este retrato haya sido hecho en Buenos Aires. El mismo fué reproducido años después en un brillante óleo de Raymond Q. Monvoisin que existe en nuestro Museo Nacional de Artes Decorativas.

También fué de Durand una miniatura retrato de N. Lawson, desaparecida hace muchos años.

La casualidad nos ha puesto frente a una importante miniatura debida al pincel de Carlos Durand, firmada Carlos D... 1817 que representa a don Juan Martín de Pueyrredón y pertenece a una colección particular. Sobrio y bien trazado marfil, representa al entonces Director Supremo en el momento más importante de su vida y una época de que la que no existía ningún documento iconográfico.

Esta pieza es superior a las anteriormente mencionadas desde que el autor ha debido superar, por la propia fuerza de su obra, el colorido y la gracia que indudablemente tienen los retratos femeninos. Por los demás, es importante el tratarse del Director Supremo en ese momento, situación que eleva la categoría artística que tuvo Carlos Durand y nos permite reflexionar acerca de la apreciación contemporánea de sus valores, especialmente por un hombre como Juan Martín de Pueyrredón, que sabía aquilatar el mérito artístico y que diez años antes había sido retratado, también en miniatura, por Angel Camponesqui.

¿Hasta cuando residió Durand en Buenos Aires? Por lo menos sabemos que hasta 1820 por los anuncios periodísticos, hasta 1824 si realizó en nuestra ciudad la miniatura de la señora de Díaz Valdez y posteriormente aun sin este Durand es el mismo Carlos Durand, primer médico de la policía porteña

nombrado por Rivadavia en febrero de 1822 y padre del doctor Durand, cuyo nombre perpetúa un importante hospital de nuestra urbe. En ayuda de esta tesis podría estar la situación de que "va a ejercer de nuevo, durante algunos meses la profesión de retratista en miniatura" como dice en el aviso de 1820 y aún el retrato de la señora de Díaz Valdez citado, de fecha 1824, y que demostraría que Durand vivía en nuestra ciudad consagrado a su profesión y esporádicamente actuaba como miniaturista, situación en cierto modo similar a la que ocurriera con Henri Gavier, el belga, farmacéutico en su patria, negociante en hacienda en la nuestra y artista por auténtica vocación, miniaturista destacado, que trabajó en la Córdoba mediterránea sólo algunos retratos de gentes allegadas.

El pastelista Luis Laisney

¿Quién es Luis Laisney? Fué ese el interrogante que nos planteamos cuando comenzamos a estudiar la litografía de Douville. En su libro *30 mois de ma vie* dice Douville hablando de su serie de retratos que publicó en Buenos Aires en 1827: "Una feliz casualidad vino a ayudarme, al conocer a Monsieur Lainé (sic), francés de nacimiento y buen pintor. Le hablé de mi proyecto, y pareciéndole provechosa su ejecución, inmediatamente formamos una sociedad..." El nombre así dado "Lainé" no figuraba en ninguna de las fuentes que nos era dado consultar y resultaba extraño que, en el Buenos Aires de 1827, pudiera extraviarse completamente un "francés de nacimiento y buen pintor" como dice Douville. Sabíamos solamente, aunque sin conocer las obras, que Laisney (o Lainé como indebidamente escribía seis años después de los sucesos Douville, probablemente atendiendo más a la fonética que al recuerdo gráfico de la escritura) era el autor de los originales que sirvieron para las litografías del Almirante Brown, del General Alvear y del General Mansilla, aparecidos en los primeros meses del año 1827. El único retrato conocido de los salidos de los tórculos de Douville y ya hemos probado en otro trabajo que se debe a Mariano Moreno, hijo del prohombre homónimo.

Laisney permanecía en tinieblas hasta que por fortuna localizamos tres obras salidas de su mano en poder de la señora Alina Lacombe de Astengo representando a sus ascendientes

Jorge Robredo, doña Josefa Oliveiros de Robredo y al hijo de este matrimonio, de nombre Jorge también.

Los mismos son, indudablemente, de su mano y como prueba está la leyenda que los tres ostentan en su reverso y dicen claramente quién fué su autor.

El de la señora Josefa Oliveiros de Robredo dice: "Se hizo este retrato el 1º de febrero de 1826 a los 46 años 9 meses 12 días de edad por Mr. Luis Laisney". En cuanto a los otros dos llevan la misma leyenda especificadora de la edad de los representados y las fechas 18 de enero de 1826 y 26 de enero de 1826, respectivamente, para los retratos de Jorge Robredo (hijo) y Jorge Robredo. De este modo queda indudable la paternidad de estas obras, certificada por las inscripciones contemporáneas. Su contemplación deja una grata impresión; trabajadas al pastel, procedimiento poco habitual en nuestro arte del siglo XIX, predominan los diversos matices de azules y celestes, combinados con diversos grises y negros esfumados, con rojos y ocre suaves. La forma de presentar el retrato, el garbo especial de esos torsos, las miradas límpidas y firmes mientras toda la cara sonríe a través de los ojos, dan una gran identidad a estas obras de Luis Laisney.

La presencia de estos tres retratos realizados por Laisney para la familia Robredo nos hizo reflexionar acerca de la posibilidad de que fueran de su mano otra serie de retratos que existen en Buenos Aires. Tanto en el Museo Histórico Nacional, como en el de Bellas Artes y el Histórico de la provincia de Buenos Aires (Luján, F.C.N.D.F.S.) un grupo de retratos realizados al pastel, que en su mayoría figuran como anónimos. En otros casos se ha superado ese anonimato y se los ha atribuido, sin ningún fundamento que pueda prevalecer, a Carlos E. Pellegrini.

Hemos reunido, así, nueve retratos al pastel que pueden, con certeza, atribuirse a la mano de Luis Laisney; coinciden en toda la parte meramente técnica, en cuanto a la realización, la forma de presentar al personaje, al colorido, casi exactamente en sus dimensiones y, más aún, si sabemos que Laisney residía ya en Buenos Aires a principios de 1826 por las constancias de los retratos de los Robredo y que aún permanecía entre nosotros a mediados del año siguiente podemos, por lo menos, atribuirle año y medio de residencia porteña, es decir hasta promediar el año 1827. Ocupándose de buscar la fecha de nacimiento

de los personajes retratados y calculando la edad que podían tener en el momento del retrato, sin lugar a ambigüedades ni reticencias resulta que los mismos fueron realizados exactamente en el período señalado. Sumando a estos antecedentes los meramente técnicos apuntados anteriormente, hallamos bastante fundamento para atribuir a Luis Laisney los siguientes retratos:

En el Museo Histórico Nacional:

María Toribia Escalada de Reyes. El mejor de sus retratos femeninos. Con algo de maja en la postura, de profunda psicología en la mirada y elegantemente resuelta la vestimenta, constituye una de las piezas notables de la serie.

Antonio Reyes. Fesoso de la anterior e igualmente un retrato digno de destacarse.

Coronel Francisco Carbajal. Agraciado pero sin mayores relieves. Ha sido restaurado con relativa eficacia.

Coronel Francisco Crespo. Al igual que el anterior ha sido objeto de una restauración inhábil que ha introducido una dudosa coloración en el fondo, empleando tonos que nunca se encuentran en esa gradación en la obra de Laisney.

Agustina Lasala de Oromí. Retrato pobre de colorido, probablemente maltratado por el tiempo.

Benita Nazarre de Pico. Adolece de los mismos deterioros que el precitado.

En el Museo Colonial e Histórico de la Provincia de Buenos Aires (Luján, F.C.N.D.F.S.):

Alejo Castex. Uno de los retratos más contruídos de Laisney. Aquí el retratado, hombre anciano, de melena leonada, de postura garbosa, un tanto hogareña, teniendo en la mano un bastón con empuñadura de plata, le ha dado mayor inspiración al autor que se ha aventurado, superando el resto de su producción, a realizar una levita en finos tonos ocre en contraste con el hermoso fondo en que destaca la obra.

José Luis Bustamante. Sutil retrato de un olvidado perio-

dista y hombre público logrado en matices suaves, aunque sin mayor relieve dentro de la obra de su autor.

En el Museo Nacional de Bellas Artes:

Manuel José de Guerrico. Quizá el primer retrato de Guerrico, el mismo que luego había de posar para eminentes artistas europeos. Se destaca sobre el límpido fondo celeste una figura clara, emotivamente francesa y muy dentro de la obra de Laisney cuyos cánones artísticos sigue completamente. Figura, erróneamente, atribuída a Carlos Enrique Pellegrini.

En poder de particulares existen los tres mencionados de la familia Robredo, que posee la señora Alina Lacombe de Astengo:

Jorge Robredo.

Josefa Oliveiros de Robredo.

Jorge Robredo (hijo).

Aún queda por mencionarse, si bien con ciertas reservas, el retrato de José María González Garaño que acusa ligera similitud con la obra apuntada de Luis Laisney e igualmente fué realizado al pastel, aun cuando según tradición de familia este cuadro debió ser hecho en Montevideo. Cronológicamente, que es uno de nuestros argumentos, responde a la época de actuación de nuestro artista (Colección Alfredo González Garaño).

Quedan, a través de estas líneas, doce obras de la producción porteña de Luis Laisney que, sin lugar a dudas, debió de ser mucho mayor. Lo perecedero de su labor es el material tan frágil, cual es el papel y el pastel en que fueron realizados, motivos de sobra para que una simple rotura del vidrio del cuadro en que estaban colocados o un poco de humedad pudo hacer perder en forma definitiva la obra de arte. Son dos ya las familias porteñas que nos han manifestado que en sus antiguas casas hubo retratos al pastel de este tipo y que por descuido se destruyeron. Sin embargo estas doce piezas que se han salvado y llegaron hasta nuestros días servirán, insuperablemente, para que el nombre de Luis Laisney, olvidado y desconocido hasta hoy, entre con el lugar que le corresponde en la historia del arte argentino y por cierto que ya ese número representa una producción considerable en comparación con las obras que se conservan de otros artistas que se mencionan de continuo, si es

que no se halla en su pintura las cualidades destacadas que posee de colorista hábil y psicólogo certero.

Su permanencia porteña se documenta entre principios de 1826 hasta mediados de 1827 y a su obra de pastelista, el único quizá que actúa en casi todo el siglo XIX en Buenos Aires, se puede sumar su desconocida labor de litógrafo o autor de dibujos de base para posteriores litografías.

Luis Laisney debe ingresar al número de los grandes retratistas que actuaron en la Argentina del siglo XIX y marca otra colaboración de la cultura y el arte de Francia a la formación nacional.